

llos de boxes, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpenteaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llególe por fin á Abderrahman su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles día 2 de la luna de Ramazan, del año 350 (964), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres días de su reinado, que ninguno de su familia reinó mas largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Almakari, que entre los papeles que se hallaron despues de su muerte se encontró uno escrito por él que decia asi: «He reinado 50 años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los días que he gustado de una felicidad sin amargura, y solo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesion al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolía. Uno y otro pudo ser muy bien. Asi murió Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria.

CAPITULO XVI.

ALHAKEM II. EN CÓRDOBA:

DESDE SANCHO I. HASTA RAMIRO III. EN LEON.

De 964 á 976.

Solemne proclamacion de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe. Protege las letras y los sábios. Riquísima biblioteca de Mérida.—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I. de Leon.—Traslacion del cuerpo del jóven mártir San Pelayo á Leon.—Rebelion de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alevosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III. de Leon.—Situacion de los demas reinos de España.—Condado de Barcelona. Suniario: Borrel I.: Miron.—Navarra. Muerte de Garcia el Temblon, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla. Muerte de Fernan Gonzalez.—Juicio critico sobre este célebre conde, y sobre el origen y principio de la independencian y soberanía de Castilla.—Imperio árabe, Guerras de Africa y su resultado.—Extincion del imperio edrisita.—Cultura de la corte de Córdoba.—Las mugeres literatas.—Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y poblacion de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganadería entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situacion de los pueblos de España.

Aquel Abderrahman que decia no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce días de felicidad, pudo haber contado por el decimoquinto el día de su muerte, pues felicidad es para un mo-

marca en los últimos momentos de su vida saber que va á sucederle un hijo que perpetuará la gloria de su nombre.

Al siguiente día de la muerte de Abderrahman III. (16 de noviembre de 961), veíase en el patio exterior del alcázar de Zahara los andaluces y zenetas de la guardia vestidos de gran lujo y cubiertos de brillantes armaduras: seguian dos hileras de esclavos negros con trages blancos y con hachás de armas al hombro; otras dos filas de guardias slavos, teniendo en una mano su espada desnuda y en la otra su ancho escudo, circundaban un gran salon: los vazzires, cadíes y catibes en trages blancos, color de luto entre los árabes; los capitanes de la guardia, todos los altos dignatarios del imperio daban frente á un trono erigido en el centro del dorado salon, en que se veia sentado un hombre, que si no tenia el magestuoso continente de Abderrahman, era de un exterior agradable y de una presencia noble: era Alhakem, que rodeado de sus hermanos y primos recibia el juramento de obediencia y fidelidad de su pueblo, y á quien los astrólogos y poetas anunciaban en élegantes versos la continuacion del venturoso reinado de su padre. Tenia Alhakem II. de cuarenta y siete á cuarenta y ocho años.

Uno de los primeros actos del nuevo califa fué nombrar su hagib ó primer ministro á Ghiafar el Sekleby, hombre poderoso y guerrero acreditado.

El dia de su nombramiento regaló al califa cien mamelucos europeos, armados de espadas, venablos y escudos, montados en ligerísimos caballos, y uniformados á la india; trescientas veinte cotas de malla, cerca de quinientos cascos, indios unos y europeos otros, trescientos venablos ó lanzas arrojadizas, diez cotas de malla de plata sobredorada, cien cuernos de búfalos que servian como de trompetas, y otros efectos preciosos y raros.

Formado Alhakem II. desde sus mas tiernos años en el estudio y cultivo de las letras, de las cuales habia hecho su placer y su pasión dominante, cuando llegó al poder recibieron las ciencias un impulso cual todavía no habian alcanzado jamás. No habia en parte alguna profesor de mérito, ni obra rara, que no hiciese venir á Córdoba á costa de oro, para lo cual tenia comisionados especiales en todas la ciudades principales de Africa, de Egipto, de Siria, de Persia, de todos los paises en que pudieran salir producciones literarias. Asi llegó á reunir en el palacio Merúan la biblioteca mas numerosa y escogida de aquellos tiempos. Componíase de *cuatrocientos mil volúmenes*, clasificados por ciencias y materias. El índice ó catálogos de obras, segun Ebn Hayan, formaba cuarenta y cuatro volúmenes, y ademas hizo emprender otro en que á los títulos de las obras se añadia los nombres de los autores con su genealogía y su biografía completa. La mayor parte de este trabajo

era obra del mismo Alhakem, porque este ilustrado príncipe no era solamente bibliógrafo, no solo sabia el objeto y materia de cada obra de su biblioteca, sino que era también biógrafo, historiador y genealogista, y él mismo habia escrito las genealogías de los árabes de todas las tribus que habian pasado á España. La biblioteca de Merúan ademas de abundante y rica era tambien vistosa, porque casi todos los libros estaban lujosamente encuadernados con dibujos y arabescos de los mas vivos colores, á cuyo fin habia hecho venir y reunido en su palacio los encuadernadores mas acreditados, así como los mas hábiles copiantes. Ayudábale en sus trabajos bibliográficos su secretario particular Galib ben Mohammed, por sobrenombre Abu Abdelsalem, de quien dice El Rasis que de orden del califa hizo el empadronamiento general de todos los pueblos de España. El escribió por sí mismo al célebre autor de aquel tiempo Abulfaragi, rogándole que le enviase una copia de su libro titulado el Agani, coleccion muy preciosa de canciones, y para gastos de la copia le envió letra franca y mil escudos de oro. Abulfaragi le mandó la copia y ademas una historia genealógica de los Omíadas muy completa y circunstanciada, y una casida muy elegante de versos en elogio de los príncipes de esta dinastía.

Como despues de hecho califa no pudiera dedicarse á su ocupacion favorita del estudio sino los ra-

tos que le dejaban libres los negocios del estado, y como por otra parte tuviese que habitar en el palacio de Zahara, encargó la administracion de la Biblioteca Meruana á su hermano Abdelaziz, y el cuidado de las academias y de los sábios á otro hermano llamado Almondhir. El pasaba la mayor parte del tiempo en Medina Zahara, gozando de las delicias de aquel sitio con mas tranquilidad que su padre, comunmente en la compañía de su favorito Mohammed ben Yussûf de Guadalajara, que escribió para el rey la Historia de España y de Africa, y otras historias de ciudades particulares. Tenia tambien en mucho aprecio al poeta Mohammed ben Yahye, llamado el Calafate, uno de los mas floridos ingenios de Andalucía, y al persa Sapor, que á instancias suyas habia venido á Córdoba; por ser uno de los hombres mas doctos de su pais, Alhakem le habia hecho camarero suyo. Y como apenas seria posible suponer á un príncipe árabe sin alguna linda esclava que amenizara aquellos vergeles, cítase como su favorita á la bella *Redhiya* (que quiere decir la *Apacible*), á quien él llamaba la *Estrella feliz*.

Vivió Alhakem los dos primeros años de su reinado enteramente consagrado á la administracion interior del imperio, sin que por parte del rey Sancho de Leon se turbáran las relaciones amistosas en que habia vivido con su padre. Solo el conde Fernan Gonzalez de Castilla, libre ya de la prision en que le

habia tenido el rey de Navarra, molestaba con correrías y cabalgadas los dominios musulmanes de las márgenes del Duero, tomando á los moros las mieses ó los frutos ya recogidos, los ganados y todo cuanto pillaba, de tal manera que no dejaba momento de reposo á los enemigos, y hacía les á estos insoportable vivir en país tan de continuo acometido. Para poner un término á este estado de cosas, vióse precisado Alhakem á publicar el algibed ó guerra santa contra los cristianos de Castilla, y para dirigir mejor y mas de cerca asi los preparativos de la expedicion como las operaciones se trasladó en persona á Toledo (963). Entonces fué cuando mandó publicar á los caudillos de todas las banderas como orden del dia aquella célebre proclama que nos recuerda la de Abu Bekr, primer sucesor de Mahoma, en los campos de la Meca al tiempo de partir á la conquista de la Siria.

«Soldados, les decia Alhakem, deber es de todo «buen musulman ir á la guerra contra los enemigos «de nuestra ley. Los eneñigos serán requeridos de «abrazar el islam, salvo el caso en que como ahora «sean ellos los que comiencen la invasion..... Si los «enemigos de la ley no fuesen dos veces mas en número que los musulimes, el musulman que volviese «la espalda á la pelea es infame y peca contra la ley «y contra el honor. En las invasiones de un país, no «mateis las mugeres, ni los niños, ni los débiles an-

«cianos, ni los monjes de vida retirada, á menos que «ellos os hagan mal..... El seguro que diere un «caudillo sea observado y cumplido por todos. El «botín, deducido el quinto que nos pertenece, será «distribuido sobre el campo de batalla, dos partes «para el de á caballo, y una para el de á pie... Si «un muslim reconoce entre los despojos algo que le «pertenezca, jure ante los cadíes de la hueste que es «suyo, y se le dará si lo reclamase antes de hacerse «la particion, y si despues de hecha, se le dará su «justo precio. Los gefes están facultados para premiar á los que sirvan en la hueste, aunque no sean «gente de pelea ni de nuestra creencia... No vengan á «la guerra ni á mantener frontera los que teniendo padre y madre no traigan licencia de ambos, sino en «casos de súbita necesidad, que entonces el primer «deber del musulman es acudir á la defensa del país, «y obedecer al llamamiento de los walíes (1).»

Arengadas las tropas y reunidas las banderas de todas las provincias, quiso Alhakem manifestar á los pueblos que no solo era sábio y prudente sino que tambien sabía ser guerrero, aunque era la primera vez que empuñaba las armas, pues su vida anterior habia sido toda consagrada al estudio de las letras. Hé aqui como refiere la crónica musulmana esta expedicion de Alhakem: «Entró, dice, con numerosa

(1) Casi todas estas máximas se encuentran á la letra en el Coran.

hueste en tierra de cristianos, y puso cerco al fuerte de Santistefan (San Estéban de Gormaz): vinieron los cristianos con innumerable gentío al socorro ⁽¹⁾, y peleó contra ellos, y Dios le ayudó, y venció con atroz matanza: entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló á sus defensores, y mandó arrasar sus muros: ocupó Setmanca, Cauca, Uxama y Clunia (Simancas, Coca, Osma y Coruña del Conde), y las destruyó: fué sobre Medina Zamora, y cercó á los cristianos en ella, y les dió muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse del furor de las espadas de los musulimes: se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor á Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo; y se apellidó Almostansir Billah (el que implora el auxilio de Dios).»

Las crónicas cristianas confirman el resultado de esta expedición de Alhakem, tan fatal para las armas de Castilla. Solo añaden que el conde castellano Vela, que de resultas de un choque con Fernan Gonzalez, de cuyo engrandecimiento recelaba, habia sido expulsado de Castilla, con propósito de vengarse venia ahora ó acompañando ó guiando el ejército musulmán,

(1) No debió ser tan innumerable, puesto que en esta guerra no se sabe que tomara parte el rey de Leon, y el conde de Castilla solo no podia acaudillar tantas tropas que ni por hipérbole se pudieran decir innumerables, y menos comparadas con el grande ejército musulmán.

y del cual dicen que se ensangrentó en la pelea contra los cristianos como el mas cruel de los enemigos. Acaso á la ayuda y dirección de este tráfuga debieron los árabes tan rápido y completo triunfo ⁽¹⁾.

A la primavera del año siguiente (964) el secretario de Alhakem, Galeb, literato á un tiempo y guerrero como lo eran muchos musulmanes, volvió á hacer de órden del califa nueva irrupción en el pais castellano, donde tuvo algunos reencuentros ventajosos. Despues de lo cual y en combinacion con el walí de Zaragoza Attagibi revolvió contra el rey García el Temblon de Navarra, que dicen habia infringido las condiciones de un tratado hecho con Alhakem. Asi el rey de Pamplona como el conde de Castilla se refugiaron á Coria. Las huestes musulmanas talaron el pais y se retiraron. Tan felices expediciones persuadieron á Alhakem de la superioridad de sus armas, y no hubo ya parte de la España cristiana donde no dirigiera sus ejércitos en el otoño de 964 y principios del siguiente. Y si por un lado se atrevieron los musulmanes, conducidos por Attagibi, á penetrar hasta cerca de Barcelona, y á devastar y pillar el territorio de aquel condado, por otro Ebn Hixem y Galeb reunidos se apoderaron de Calahorra en Navarra, cuya ciudad reedificó y fortificó el califa haciendo de ella el ba-

(1) Roder. Tolet. de Reb. Hispan. lib. V.—Lucas Tudens. Chron.—Comienzan á hacerse frecuentes estos casos de pasarse alternativamente cristianos y musulmanes á las banderas enemigas.

luarte avanzado del islamismo sobre el Ebro superior.

Victorias tan repetidas movieron al rey de Leon y á los señores de Castilla á enviar mensajeros á Córdoba que entablasen con el califa negociaciones de paz. Alhakem, que como hombre dado con apasionamiento al estudio, gustaba naturalmente mas de la paz que del estruendo y ruido de las armas, recibió con complacencia las proposiciones de los cristianos y accedió á ellas fácilmente; y despues de haber agasajado á los mensajeros en el palacio de Zahara segun la noble costumbre de su padre, cuando se despidieron para regresar á su pais envió en su compañía á un vazzir de su consejo con despachos para el rey de Leon, encargado tambien de presentarle en su nombre dos hermosos caballos árabes ricamente enjaezados, dos preciosas espadas de las fábricas de Toledo y de Córdoba, y dos halcones de los mas generosos y altaneros, dice la crónica (4).

Casi al mismo tiempo recibió Alhakem emisarios de los condes de Barcelona y de otras plazas de la España oriental, solicitando renovase con ellos la alianza en que habian vivido con su padre. Dice Almakari que la demanda de los enviados de Cataluña iba acompañada de un magnífico presente, compuesto de veinte jóvenes slavos eunucos, diez corazas slavas, doscientas espadas del Frandjat, veinte quin-

(4) Conde, cap. 89.

tales de martas cebellinas, y cinco quintales de estaño. El califa ajustó con ellos un tratado de paz, en que se estipuló que habian de destruir ciertas fortalezas de la frontera oriental que incomodaban á los musulmanes, y que habian de impedir á los cristianos de dichas fronteras el que despojasen y cautivasen como acostumbraban siempre que tenian ocasion á los musulimes de las comarcas aledañas (1).

Alentado Sancho de Leon con el buen éxito de la primera embajada, y á instancias de su muger Teresa y de su hermana Elvira, religiosa esta última en el monasterio de San Salvador de aquella ciudad, se atrevió á enviar al califa cordobés una nueva mision, no ya de carácter politico, sino de naturaleza puramente religiosa; á saber, la de que permitiese trasladar á Leon el cuerpo del jóven mártir San Pelayo, que

(1) Cuentan los árabes un suceso ocurrido en este tiempo que nos da idea de cómo se habian ido adulterando las costumbres de los mahometanos españoles. Dicen que por abuso y licencia introducida por los de Irak y otros estrangeros, se habia hecho tan comun el uso del vino, que no solo el pueblo sino los alfaquies mismos lo bebian con escandalosa libertad en las bodas y festines, pero que informado de ello Alhakem, religioso y abstinentemente como era, juntó sus alimes y alfaquies y les preguntó en qué podia fundarse el uso que se hacia no ya solamente del gahmar y el sahíba (vino tinto y blanco de uva), sino tambien del de dátiles, de higos y otras bebidas embriagantes. Respondieronle que desde el reinado de Mohammed se habia hecho recibida y comun opinion que estando los musulimes de España en continua guerra con los enemigos del islam podian usar del vino, porque esta bebida alienta el ánimo de los soldados para las batallas, y que así en todas las fronteras se permitia su uso para tener mas valor y esfuerzo en las lides. Reprobó, añaden, el califa estas opiniones, y mandó arrancar las viñas en toda España, dejando solo la tercera parte de las vides para aprovechar el fruto de la uva en su sazón, en pasas y en arroje, y otras diferentes composiciones saludables y licitas, hechas de mosto espesado.—Conde, cap. 90.

los cristianos cordobeses habian tenido cuidado de recoger del Guadalquivir. Acompañó esta vez á los legados del rey el obispo Velasco de Leon (966). Algunas dificultades parece que halló al principio el prelado cristiano, mas al fin condescendió tambien el generoso y amable califa con su demanda, y el cuerpo del mártir Pelayo entró en Leon al año siguiente con gran contento de todos los cristianos, y muy principalmente de las dos princesas á quienes se debia la adquisicion de la preciosa reliquia. El cuerpo fué llevado en procesion solemne á la iglesia de un monasterio erigido por el rey, cuyo monasterio se nombró de San Pelayo ⁽¹⁾.

No pudo Sancho participar de esta solemnidad religiosa. Asuntos graves le habian llamado á Galicia mientras sus enviados negociaban en Córdoba la entrega de los restos mortales del santo mártir. Varios grandes, ó condes ó duques, se habian alzado en rebeldía contra el rey de Leon: entre ellos eran los principales Rodrigo Velazquez y Gonzalo Sanchez, este último pariente del obispo de Compostela Sisnando, por cuya instigacion se cree que obraba. Este prelado, mas inclinado á manejar la espada del guerrero que el báculo del apóstol, hijo de un conde ilustre de Galicia de quien acababa de heredar cuantiosos bienes, habia solicitado y conseguido del rey Sancho

(1) Samp. Chron. n. 27.—Annal. Compost., p. 318.

el permiso para fortificar á Compostela so pretesto de poner el templo del Santo apóstol al abrigo de las incursiones de los normandos que de nuevo se habian dejado asomar por la costa de Galicia. En efecto él circunvaló su ciudad y palacio episcopal de murallas, torres y fosos al modo de una plaza fuerte, pero sacrificando para ello á los fieles de su iglesia, á quienes trataba como á esclavos. En vano el rey, á cuya noticia llegaron las tiranías del obispo, le reconvinó repetidamente por sus excesos: el prelado continuaba en sus violencias sin que le movieran las reales amonestaciones. Confiaba en la proteccion de sus parientes, y en poder con su ayuda resistir al rey, el cual creyó llegado el caso de pasar á Galicia con algun golpe de gente. El obispo compostelano, á pesar de sus fortificaciones y sus bravatas no tuvo ánimo para resistir al rey, y le abrió las puertas de la ciudad. Sancho depuso al rebelde prelado de su silla, añadiendo algunos que le encerró en un castillo, y puso en su lugar á Rosendo, obispo que era de Mondoñedo y varon respetado por sus grandes virtudes ⁽¹⁾.

Quedábale á Sancho todavía un enemigo poderoso, el conde Gonzalo Sanchez que gobernaba á Lamego, Viseo y Coímbra. El monarca leonés no dudó en dirigirse en su busca, pero apenas habia pasado el Miño encontróse con los enviados del sublevado con-

(1) Samp. ibid.—Chron. Iriens., n. 9.

de que venian á ofrecerle en su nombre reconocimiento y homenaje y á pedirle le concediera tener una entrevista con él. Todo lo otorgó el rey fácilmente; pero el paso del conde encerraba un proyecto pérfido y ocultaba una intencion indigna de un pecho castellano. La entrevista se verificó: el conde, mostrándose agradecido, quiso festejar al monarca, y en un banquete que le dió le hizo servir una fruta emponzoñada que el monarca comió sin recelo. Apenas la habia gustado comenzó á sentir sus efectos mortíferos: con gestos y palabras entrecortadas pudo solo hacer entender su deseo de ser llevado á Leon. Tratóse de ejecutar su voluntad, pero al tercer dia de camino espiró en el monasterio de Castrelo de Miño (967). Su cuerpo fué trasportado á Leon, y sepultado en la iglesia de San Salvador junto al de su hermano Ordoño⁽¹⁾.

Así acabó Sancho el Gordo á los doce años y un mes de haber empuñado por primera vez el cetro de Leon, dejando de su muger Teresa Jimena un hijo llamado Ramiro, de edad de solos cinco años.

Dos novedades notables ocurrieron en Leon á la muerte de Sancho el Gordo: fué la primera haber colocado la corona en las tiernas sienes del niño Ramiro, habiendo sido hasta entonces la infancia causa frecuente ó pretexto especioso para no sentar en el trono de sus padres á tantos hijos de reyes: la se-

(1) Samp. ibid.—Chron. Friens., ff. 40.

gunda fué haber puesto al tierno monarca, que tomó el nombre de Ramiro III., bajo la tutela de su madre y de su tia Elvira, religiosa esta en el monasterio de San Salvador, viéndose por primera vez una monja constituida en co-regente y gobernadora de un reino.

Un suceso no menos extraño, pero de muy distinto linage, se verificaba entonces en Galicia. Reposaba tranquilamente en su lecho la noche de la Natividad del Señor el venerable prelado de Compostela Rosendo (967), cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo despertar despavorido y sobresaltado: un personaje armado de espada y de coraza levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubria; seguidamente vió amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál seria la sorpresa del virtuoso obispo al reconocer á su antecesor Sisnando, el prelado depuesto por Sancho, que habiendo despues de la muerte del rey recobrado la libertad con ayuda de sus parientes se presentaba á reclamar la silla episcopal de aquella manera y por aquel medio! A semejante insinuacion el sobrecogido prelado mostróse dispuesto á ceder su báculo, mas no sin tener valor para recordar al obispo guerrero aquellas palabras de Cristo: «el que maneja el acero, por el acero perecerá.» Y despojándose de sus vestiduras episcopales se retiró resignado al monasterio de San Juan de Cabero edificado por él, pasando despues al de Celanova fundado tambien por él mismo, donde vivió

santa y tranquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus días ⁽¹⁾.

En cuanto á Sisnando, cumpliése en él la sentencia de la noche de Navidad. Habiendo los normandos y frisonos acometido de nuevo la Galicia con una flota de cien velas al mando de su rey Gunderedo (968), y derramándose por la comarca de Compostela, talando, devastando y cautivando hombres y mugeres segun su costumbre, armóse loca y arrebatadamente el guerrero obispo Sisnando de todas armas, y con su gente salió furioso en busca de los invasores: hallólos cerca de Fornelos, los acometió, pero pagó su temeridad cayendo atravesado de una saeta; con lo que huyeron los suyos quedando los normandos dueños del campo ⁽²⁾. Alentados con este triunfo internáronse esta vez aquellos piratas hasta los montes de Cebrero, saqueando, incendiando y degollando sin piedad; hasta que al regresar hácia la costa con objeto de embarcar el fruto de sus depredaciones viéronse arrollados por un ejército gallego capitaneado por el conde Gonzalo Sanchez (el mismo que habia propinado el veneno á Sancho el Gordo), que arremetiendo con ímpetu y bravura hizo un espantoso degüello en aquella gente advenediza, quedando entre los muertos el mismo Gunderedo. Quemadas fueron en seguida sus naves, y de este modo desapareció

(1) Chron. Iriens. n. 11.—Vit. mo 18.
S. Rudesindi, apud Florez, to- (2) Samp. Chron. n. 28.

en Galicia aquella hueste de atrevidos aventureros que tan afortunados habian sido en Francia y en Bretaña ⁽¹⁾. Era el tercer año del reinado de Ramiro (969).

Desembarzados de este episodio, volvamos la vista hácia la situacion de los demas estados de España al tiempo que comenzaba á reinar en Leon Ramiro III.

Háíamos dejado en 912 establecido en Barcelona al conde Sunyer ó Suniario, hermano de Borrel I. é hijo segundo de Wifredo el Velloso. Lo mismo que los reyes de Leon y de Navarra, habia dividido Suniario su tiempo entre la devocion y la guerra fundando y dotando monasterios y peleando con los musulmanes fronterizos. La suerte de las batallas le privó de su hijo primogénito Ermengaudó ó Armengol, á quien amaba tiernamente y á quien habia dado alguna participacion en el gobierno, y titulaba conde de Ampurias. Asoció entonces el apesadumbrado conde en el mando al mayor que quedaba de sus hijos nombrado Borrel, en cuyas prendas cifraba tambien grandes esperanzas, y en quien por último vino á descargar todo el peso del gobierno, retirándose él á un monasterio, donde vistió el hábito religioso, y donde falleció en 15 de octubre de 953. Quedó, pues, Borrel II, de conde soberano de Barcelona (954) rigiendo solo el estado hasta 956, en que entró su her-

(1) Chron. Iriens.—Id. Samp. Annal. é Hist. Compostel.